



Transversal

José García Montalvo

Catedrático
de Economía
de la UPF

Entre esperanza y desánimo



Hace unos dos meses, en un artículo sobre los retos de la economía española en el corto y medio plazo, me refería a tres factores: la posibilidad de mutaciones del virus SARS-CoV-2, la inflación y la utilización de los fondos europeos. Hace tiempo sabemos, a partir de estudios computacionales de las configuraciones del virus, que existen más de 60 posibilidades y que las observadas hasta el ómicron eran las que suponían menor número de mutaciones. Por tanto, era cuestión de tiempo, sobre todo teniendo en cuenta la baja tasa de vacunación de los países africanos, que nos impactara una variante más sofisticada, que no necesariamente más letal. De hecho, las buenas noticias son que los tests PCR habituales todavía son capaces de detectar dos de los tres marcadores de la nueva variante (se ha perdido la capacidad de identificar la proteína S) y que teniendo más mutaciones quizás sea menos estable que las anteriores.

Sobre la segunda amenaza, la inflación, ya les hablé en el último artículo. Por tanto, hoy les hablaré de los fondos Next Generation EU. No voy a recorrer las cifras, pues creo que de tanto repetir las la gran mayoría de la población es capaz de saber que 140.000 millones es lo que le corresponde a España. Las cuestiones relevantes no tienen relación con la cantidad de fondos que se recibirán sino con los proyectos que se financiarán con dichos fondos, la velocidad de ejecución de estos y los efectos colaterales que podrían tener en términos de reducir la presión por realizar verdaderas reformas estructurales.

En primer lugar, ¿están bien enfocados los objetivos de los fondos? Acogerse a las modas y las palabras fetiche (inteligencia artificial, economía circular, *smart cities*...) no es una buena estrategia. Hay que pensar en las necesidades reales del sistema económico. Por ejemplo, ¿realmente el problema de la Administración o las pequeñas empresas es la digitalización? Las administraciones públicas españolas están más digitalizadas que las de muchos otros países europeos. Sin embargo, su estructura y su gestión de recursos humanos son totalmente obsoletas. La digitalización no es una solución para una burocracia rígida e ineficaz, pero es más difícil políticamente emprender una reforma estructural profunda. Por su parte, las empresas españolas tienen un problema de productividad asociado a su pequeño tamaño, no tanto a su falta de digitalización. Solo hay que mirar la distribución del tamaño de las empresas y ver la discontinuidad que se produce al llegar a 50 trabajadores. Esto nada tiene que ver con la digitalización, sino con las cargas administrativas y las rigideces asociadas a superar este límite.

El segundo punto es la velocidad a la cual se podrán ejecutar los fondos. Históricamente, el grado de ejecución ha sido del 40%. Parece que esta vez el paso del BOE a la ejecución también se está mostrando muy lento. Airbus se queja de los retrasos en el Perte aeroespacial, y el sector automovilístico, del retraso en el Perte del automóvil. La Airef calcula que un 60% de los fondos no se

gastará en este ejercicio. De hecho, la intervención general solo había certificado desembolsos de 104 millones hasta agosto. El Banco de España ha rebajado sustancialmente la absorción de los fondos europeos en el año 2021, lo que implica que en lugar de aportar algo más de un punto porcentual al PIB del 2021 serán tan solo 0,6 puntos. Hace unos días coincidí con Rosa Vidal, socia directora del despacho Broseta, que explicaba los problemas de seguridad jurídica asociados a la aplicación de los fondos. No solo es que con una pequeña modificación legislativa la infraestructura legal sea la misma que fue incapaz de gastarse los fondos europeos en el pasado. Además, la cobertura jurídica de los nuevos mecanismos, por ejemplo los Perte, es deficiente y puede generar multitud de contenciosos.

La encuesta Pulse Next Generation de EY coincide mucho con la visión expuesta anteriormente. De 100 expertos en economía, gestores públicos y gestores empresariales, un 87% valora como positivos o muy positivos los fondos NGEU y un 63% en su concreción para España. El porcentaje cae al 59% cuando se pregunta si inversiones del Plan de Recuperación, Transformación y Resiliencia

El foco Las empresas españolas tienen un problema de productividad asociado a su pequeño tamaño, no a la digitalización

abordan mucho o bastante los retos principales de la economía. En este caso, un 41% señala que poco o nada. Un 42% considera inadecuada la información disponible. Por último, un 63% de los encuestados considera que el sistema de gestión del plan facilita poco o nada que los fondos sean accesibles por las empresas. Esperanza generalizada, pero desánimo por la aplicación.

En tercer lugar, y más importante que lo anterior, está la posibilidad de que los fondos relajen la necesidad de los cambios estructurales que necesita la economía española. Por ejemplo, los resultados de los estudiantes en las pruebas Pisa de la OCDE están relacionados con el gasto por estudiante solo para niveles de gasto bajo. Por encima de ese punto, como es el caso de España, no existe relación. Por tanto, son otras cosas (la estructura del currículo, la selección de profesores, la autonomía de los centros, la formación de docentes...) las que determinan los resultados. Por tanto, meter más dinero no garantiza tener mejores resultados y puede relajar la necesidad de hacer reformas que son más desagradecidas desde el punto de vista político que repartir dinero público. Alguien podría pensar que por este motivo la UE condiciona desembolsos futuros a la realización de reformas. No obstante, resultará difícil políticamente detener la recepción de fondos por no hacer una reforma estructural adecuada. Un ejemplo lo tenemos en la reforma de las pensiones. El gobernador del Banco de España ha dicho muy claro lo que piensan muchos economistas sobre la sostenibilidad del sistema de pensiones con la reforma que propone el ministro: los números no salen, "sumen y resten".]

Un círculo vicioso

La recepción de los fondos europeos puede relajar la necesidad de hacer reformas, que son más desagradecidas desde el punto de vista político que repartir dinero público